

me retiro. Con Dios queden. *(Vase.)*
 D. ALBERTO. ¡Qué ladrón!
 D. MIGUEL. ¿No os lo previne?
 D.ª RUFINA. ¡Maldito sea el vejete!

ESCENA XXII

LOS MISMOS, *ménos* DON SIMEON

D.ª RUFINA. *(Acercándose á la mesa donde está el dinero.)*
 Pues, señores, lo primero no dormiros en las pajas.
 D. ALBERTO. Bien, capirotos y rajas hagamos de este dinero.
 D.ª RUFINA. Tú, Alberto, ¿qué necesitas para sacar tu uniforme?
 D. ALBERTO. Veinte duros.
 D.ª RUFINA. ¡Suma enorme!
 ¿Y las libreas malditas?
 D. ALBERTO. Con treinta se sacarán. Para el casero, es también preciso...
 D.ª RUFINA. En un santiamén estos tres mil volarán. Toma lo que quieras, pues, y en la fonda una comida con todo primor servida encarga para las tres.
 D. ALBERTO. ¿Qué?... ¿Hemos de comer allí?
 D.ª RUFINA. ¡Qué necedad! No por cierto, que la dispongan, Alberto, para despues traerla aquí.
 D. ALBERTO. Pues no hay tiempo que perder, tomo el dinero, y me voy. *(Toma el dinero.)*
 D.ª RUFINA. Mira que esperando estoy. Los mozos puedes traer.
 D. ALBERTO. ¿Qué mozos?
 D.ª RUFINA. Aquellos dos que se pondrán las libreas.
 D. ALBERTO. Lo haré todo cual deseas. *(Vase por la derecha.)*
 D.ª RUFINA. ¡Que no te tardes, por Dios!

ESCENA XXIII

D.ª RUFINA. D. MIGUEL

D.ª RUFINA. Miguelito, ¿qué me dices?
 Viento en popa todo va. Nuestro amor se logrará. Pronto seremos felices. Mañana mismo prometo las diligencias hacer...
 D. MIGUEL. Pero ya sabes, mujer, lo que te importa el secreto. Digo; á tí... Por mí... ya ves... aunque sin la real licencia... Es de entrambos conveniencia.
 D.ª RUFINA. Preciso el secreto es. Mañana, sí... Loca estoy: no sabes lo que en mí pasa. *(Le echa una mirada muy tierna.)*
 A arreglar toda la casa, que urgen los momentos, voy. *(Recoge el dinero.)*
 A Dios, Miguel.
 D. MIGUEL. ¿Y es razon que nada haya para mí?
 D.ª RUFINA. ¿También quieres?...
 D. MIGUEL. Prima, sí. Yo traje á don Simeon.
 D.ª RUFINA. Es verdad... pero... ¡Miguel!
 D. MIGUEL. Para salir de un empeño.
 D.ª RUFINA. Sí, para que el extremeño se regocije con él.
 D. MIGUEL. Ya no temo á ese bribon. Veinte duros me has de dar, pues que hoy me he de desquitar me anuncia mi corazon.
 D.ª RUFINA. *(Dándole el dinero.)*
 Toma... Mira lo que queda.
 D. MIGUEL. No te aflija cosa alguna, que hoy nos sube la fortuna á la cumbre de su rueda. *(Vase don Miguel por la derecha y doña Rufina por la izquierda.)*

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

D.ª RUFINA. ANA, *con un plumero en la mano limpiándolo todo*

D.ª RUFINA. ¿Está todo colocado?...
 ¿Las cortinas están ya?...
 ANA. Sí señora, todo está muy limpio y muy arreglado.
 D.ª RUFINA. A la señorita llama. ¿Qué hace ahora?
 ANA. Yo no sé. En la alcoba pienso que estará haciendo la cama.
 D.ª RUFINA. Que venga aquí.
 ANA. *(Corriendo á la izquierda.)* Señorita.
 D.ª PAQUITA. *(Dentro.)*
 Ya voy... ¿qué se ofrece?
 D.ª RUFINA. Ana,
 ¿pusiste la palancana?
 ANA. Todo está listo.
 D.ª RUFINA. *(En voz alta.)* ¡Paquita!
 D.ª PAQUITA. *(Dentro.)*
 ¡Mamá!
 D.ª RUFINA. Ven pronto, mujer.

ESCENA II

DICHAS. D.ª PAQUITA

D.ª PAQUITA. ¿Qué manda usted?
 D.ª RUFINA. ¿Así estás?
 ¿Por qué á vestirme no vas?
 D.ª PAQUITA. Como aun hay tanto que hacer...
 D.ª RUFINA. Ponte el vestido mejor y no olvides el collar.
 D.ª PAQUITA. ¿Cómo se me ha de olvidar?
 D.ª RUFINA. Anda, vete al tocador.

ESCENA III

D.ª RUFINA. ANA

D.ª RUFINA. ¡Jesus, cuánto tarda Alberto!
 ¿La plata no la han traído?...
 ANA. No señora.

D. RUFINA. ¿Ni han venido los lacayos?

ANA. No por cierto.
 D.ª RUFINA. A la puerta están llamando... El repostero será... Corre á verlo.

ANA. Voy allá.

D.ª RUFINA. Pues ¿qué aguardas?
 ANA. *(Suelta el plumero.)* Voy volando. *(Vase.)*

ESCENA IV

D.ª RUFINA, *sola*

Vaya... parece un sueño. ¡Qué alegría!
 ¿Quién tal fortuna ha un mes pensar pudiera?
 ¡Trescientos mil!... ¡Pues es una friolera!
 De que todas me envidien llegó el día.
 ¿Y aquel vil tenderillo pretendia conmigo emparentar?... ¡Lindo estuviera!
 Marcho al punto á Madrid, y la primera figura voy á hacer, por vida mia.
 Comprará luégo un título mi hermano, pretenderá el toison, un regimiento para Miguel... Y yo... la banda; es llano.
 Un duque ó un príncipe al momento de mi Paquita pedirá la mano.
 No sé cómo de gozo no reviento.

ESCENA V

D.ª RUFINA. ANA. DOS MANDADEROS, *cada uno con una gran batea cubierta con una servilleta; en una, platos y cubiertos de plata; en otra, vasos, copas, botellas y mantelería.*

ANA. Señora, ya están aquí los mozos del repostero.

D.ª RUFINA. Bien; mas veamos primero si viene lo que pedí.

(Reconoce una batea.)

ANA. ¡Ay qué plata tan hermosa! Si fuera nuestra... ¡Ojalá!

D.ª RUFINA. Pronto tu ama la tendrá de más peso y más costosa. Platos de oro he de tener

con que á duques, á señores,
príncipes y embajadores
dar en Madrid de comer.
ANA. ¿Qué, señora, á Madrid vamos?...
¿Qué gusto si pronto fuera!
D.ª RUFINA. (Con mucha gravedad.)
Las gentes de nuestra esfera
bien sólo en la corte estamos.
ANA. (Reconociendo la otra batea.)
Los manteles y el cristal
aquí vienen.
D.ª RUFINA. (Después de mirarlo todo.)
Guarda todo,
que de servir luégo el modo
te diré á tí y á Pascual.
(Vánse Ana y los mozos.)

ESCENA VI

D.ª RUFINA. D. ALBERTO. PERICO y FACO, cada uno con un lío de
ropa
D. ALBERTO. La ropa tienes ahí,
y estos los lacayos son.
Tú que se vistan dispon.
D.ª RUFINA. ¿Y la fonda?...
D. ALBERTO. Ya pedí
una abundante comida,
que al momento en que avisemos
aquí en casa la tendremos
con todo primor servida.
D.ª RUFINA. ¿Y tu uniforme?...
D. ALBERTO. Ahí está.
D.ª RUFINA. (Desata el lío que le ha señalado don
Alberto, y saca un uniforme bor-
dado de plata.)
Tómalo y vete á vestir,
que no tardará en venir
nuestro hermano.
D. ALBERTO. (Tomando el uniforme.)
Voy allá. (Vase.)

ESCENA VII

D.ª RUFINA. PERICO. FACO
D.ª RUFINA. (Desata el otro envoltorio y saca dos
libreas ridículas.)
Estas libreas tened;
las mejores de Sevilla.
(Registrándolas.)
Mas ¡ay Jesus, la polilla
cuál me las ha puesto!... Ved.
Pero no importa. Por hoy
así servirán. Mañana,
de la más hermosa grana
otras dos á encargar voy.
(Perico toma una casaca y Facó otra.)

¿Cómo te llamas tú? Dí.
Yo, Perico.
FACO. Y Facó yo.
D.ª RUFINA. ¿Y habeis servido?
PERICO. Yo no.
FACO. Ni yo tampoco serví.
D.ª RUFINA. Mejor. En casa ha de ser
sólo vuestra obligacion
cerrar y abrir el porton,
servir la mesa y barrer;
encender los reverberos,
ser muy limpios y callados,
ir á la calle á recados,
y cuidar de los braseros;
y principalmente dar
á toditos señorita.
Ni de noche ni de día
esto se os ha de olvidar.

PERICO. Muy bien está, señora ama.
Y el salario ¿cuánto es?
D.ª RUFINA. Será... tres duros al mes,
con comida, ropa y cama.
PERICO y FACO. Estamos listos.
D.ª RUFINA. Ahora
lavaros muy bien podeis
y la librea os pondreis.

PERICO y FACO. Está bien.

D.ª RUFINA. Ana.

ESCENA VIII

LOS MISMOS. ANA

ANA. Señora.
D.ª RUFINA. Miétras me voy á vestir,
No te descuides, por Dios.
Que se limpien estos dos,
y enséñalos á servir. (Vase.)

ESCENA IX

PERICO, FACO, ANA

ANA. ¡Buena gente va acudiendo!
Venid, pues, á la cocina.
PERICO. Si usía nos encamina...
FACO. Si usía...
ANA. (Sorpresa.)
¿Qué estais diciendo?
PERICO y FACO. Que usía...
ANA. (Con enfado.) ¿Os burlais de mí?
¡Por Dios, medrados estamos!
En muy mal pié comenzamos,
y si imagináis que así...
PERICO. Pues ¿qué?...
FACO. ¿Ofendemos á usía?
ANA. ¿Cómo?... ¡Bellacos!...
PERICO y FACO. ¡Señora!

ANA. ¿Venís con burlas ahora?...
¡Infames!... Por vida mia...
PERICO. Pues nosotros ¿qué decimos?
FACO. ¿Por ventura la ofendemos?
PERICO. Sólo con lo que debemos
exactamente cumplimos.
ANA. (Sofocada.)
¿Señoría á mí?
PERICO. ¿Pues no?
FACO. Que tratáramos así
á cuantos están aquí
la señora nos mandó.
ANA. (Convirtiendo el enfado en risa.)
Bestias, tan sólo á los amos.
¿No veis que soy la fregona?
PERICO. Al ver tan gentil persona,
que era importante pensamos.
¿Es requiebro?... Sus, venid.
ANA. (Con familiaridad.)
¡Bendita tu cara!
PERICO. Amén.
ANA. (Con seriedad.)
No tan llano. Un ten con ten,
y de él jamás os salid.
(Haciendo ademan de irse.)

ESCENA X

LOS MISMOS. D. MIGUEL

D. MIGUEL. Ana, espera. ¿Hay rostros nuevos?
¿Ha llegado Blas, ó no?
ANA. No señor; aun no llegó.
D. MIGUEL. Pues ¿quiénes son los mancebos?
ANA. Son los lacayos.
D. MIGUEL. Bien va.
Son buen par de mocetones.
ANA. A vestirse de sayones
destinados están ya.
Limpiarlos mi encargo es,
y no es pequeño trabajo,
con arena y estropajo
no se logrará en un mes. (Vánse.)

ESCENA XI.

D. MIGUEL. D. ALBERTO, con su uniforme

D. ALB. ¡Hola, Miguel! Me alegro de encontrarte.
D. MIG. ¡Jesus, y qué buen mozo y qué lucido!
D. ALB. ¿Te parezco galan?
D. MIG. Y de mirarte
absorto me he quedado y confundido.
Con grande lujo estás. Felicítate
debo de que por fin haya salido
uniforme tan rico y bien bordado
del cautiverio donde oculto ha estado.

D. ALB. Recibir es preciso al buen limeño
con apariencia tal.
D. MIG. Segun tu hermana.
D. ALB. ¿Y á tí cómo te fué con tu extremeño?
¿Te ha tratado mejor que esta mañana?
D. MIG. Calla, Alberto, por Dios. Es vano empeño
ganar á ese bribon que á todos gana.
D. ALB. ¿Con que aquellos durillos...
D. MIG. Ya volaron,
y ni un instante en mi poder pararon.
¿Y de Blas hay noticia?
D. ALB. No, por cierto.
D. MIG. Pues el vapor ya ha rato que ha venido.
D. ALB. ¿Ha llegado el vapor?
D. MIG. Sin duda, Alberto.
Yo he visto ya personas que ha traído.
D. ALB. El porton me parece que han abierto.
D. MIG. Lo mismo á mí tambien me ha parecido.
Será tal vez...
(Mirando á la puerta de la escalera.)
Mas no, que es el criado.
D. ALB. ¡Hola, Pascual!... ¿El huésped ha llegado?

ESCENA XII

LOS MISMOS. PASCUAL

PASCUAL. Si por el aire no vino,
por vida de Barrabás
que no ha llegado don Blas,
ó yo estoy fuera de tino.
D. ALBERTO. ¿Qué dices?
PASCUAL. Que no parece,
aunque con una linterna...
D. ALBERTO. ¿Tú vienes de la taberna?
PASCUAL. Gracias, señor: se agradece.
Si el vino he probado yo
que vino me vuelva. He estado
tomando el sol muy sentado
hasta que el vapor llegó.
Llegó, y ví desembarcar
á todos uno por uno,
y no me quedó ninguno
que quedase por contar.
Treinta eran los pasajeros,
y á todos pregunté en vano;
pues no saben del indiano
ni ellos ni los marineros.
Viendo pues que no venia
en aquel barco infernal,
tomé por el arenal
en derechura la via,
y sin parar me encajé
en la puerta de Carmona,
á ver á cierta persona
que allí á esperar envié
y con los guardas está,

y á ninguno entrar ha visto,
y es un muchacho muy listo,
que no se emborrachará;
aunque para contentarlo
y que esté más diligente,
á seis cuartos de aguardiente,
fué forzoso convidarlo.
Ni silla de posta alguna
parece en todo el camino,
ni caballos, é imagino
que esperar más es tontuna.
¿Con que no hay nada?...

D. MIGUEL.
PASCUAL.

Señores,

yo luégo me encaramé
en la Giralda y miré
todos los alrededores,
y ni calesa, ni coche,
ni carro...

D. ALBERTO.

Pues tal vez Blas
se habrá detenido más
en Cádiz...

D. MIGUEL.

Hasta la noche
esperarlo es lo más cierto,
que no tarda todavía.

ESCENA XIII

LOS MISMOS. D.^a RUFINA, sale vestida de gala estrafalariamente

D.^a RUFINA.

No gastas, por vida mía,
escasa pachorra, Alberto.
¿Con que ya Pascual volvió,
y no me llamas?

D. ALBERTO.

En vano
fuera, pues de nuestro hermano
no traje noticia.

D.^a RUFINA.

¿No?...

PASCUAL.

Ni por tierra ni por rio
rastros se descubren de él.

D. ALBERTO.

Que no tarda cree Miguel,
pero yo ya desconfío
de que por hoy lo veamos.

D.^a RUFINA.

¿Estás seguro, Pascual?

PASCUAL.

¿Que si lo estoy?... ¡Voto á tall!...

D.^a RUFINA.

Pues señor, frescos estamos.

ESCENA XIV

LOS MISMOS. ANA, PERICO Y FACO vestidos de librea

ANA.

Aquí traigo á estos mancebos
limpios, galanes y hermosos.

D. MIGUEL.

Ya se ve que están vistosos.

ANA.

Los he puesto como nuevos.

D.^a RUFINA.

Y muy bien que están así.

Mas ¿no llamaron?... Vé, Ana.

(Suenan golpes á la puerta. Vase Ana.)

ESCENA XV

LOS MISMOS, ménos ANA

D.^a RUFINA.

Miremos por la ventana.

(Se acerca al balcon.)

¡Ay, un caballo está aquí!

D. ALBERTO.

¿Un caballo?

D. MIGUEL.

Será Blas.

D. ALBERTO.

Vamos, pues.

D.^a RUFINA.

Algun criado...

(Hacen todos ademán de salir.)

ESCENA XVI

LOS MISMOS. ANA, que entra asustada

ANA.

Un hombre muy mal portado
se cuela sin más ni más.
Cuando del cordel tiré
sin preguntar se encajó
y la escalera tomó...
y... Aquí está ya su mercé.

ESCENA XVII

LOS MISMOS. D. BLAS, vestido de camino, pobre y estrafalariamente

D. BLAS.

¡Sí; no hay duda... ¿Sois vosotros?...
Vosotros sois mis hermanos.
Alberto, amada Rufina,
llegad, llegad á mis brazos.

D. ALBERTO.

¡Ay, Blas es!...

D.^a RUFINA.

Blas es, no hay duda.

(Abrázanse.)

¡Jesus!... ¡Qué alegría!...

D. ALBERTO.

¡Hermano!

D. BLAS.

¡Rufina!... ¡Alberto!... ¡Qué gozo!

D. ALBERTO.

¡Qué dicha!...

D.^a RUFINA.

¡Blas adorado!

(Mientras el diálogo siguiente Ana habla con Perico y Facó, los cuales salen por la puerta que da á lo exterior; por la misma vuelven uno con una maletilla, y otro con una capa parda, lo entran todo por la puerta del fondo y vuelven á salir, quedándose á un lado de la escena.)

D. BLAS.

¡Ah!... mentira me parece.
Aunque muy viejos os hallo,
os hubiera conocido
entre un millon. Otro abrazo
dadme, otro por vuestra vida,
porque sólo así descanso.

(Abrázanse otra vez.)

D.^a RUFINA.

Y nosotros solamente
en abrazarte ciframos
nuestras dichas y contentos.

D. ALBERTO. Blas, por tí no pasan años.

D.^a RUFINA. Como el día que partiste,
lo mismo estás; no ha mudado
nada tu fisonomía.

D. ALBERTO. Nada.

D. BLAS. Pues muchos trabajos
he sufrido, hermanos míos,
muchos, muchos.

D.^a RUFINA. Ya acabaron,

pues estás entre nosotros
y será nuestro cuidado
el servirte y el mimarte.

D. BLAS. Queridos, así lo aguardo.

D.^a RUFINA. (Presentándole á don Miguel.)

¿Y de Miguel no te acuerdas?

D. ALBERTO. De nuestro primo.

D. BLAS. (Recapacitando.) El muchacho
hijo de la tia Catana;
aquel tan travieso y malo,
que allá en la plaza del Pan
andaba roscas hurtando
descalcillo y...

PASCUAL. (Aparte.) ¡Gran memoria!

D.^a RUFINA. (Con gravedad.)

De este que está aquí te hablo,
que es militar muy valiente
y capitán de caballos.

D. BLAS. (Con cariño.)

¡Voto á Sanes!... ¡Miguelillo!...

Ven á abrazarme. (Abrázale.)

¡Qué guapo!

De verte hombre de provecho,
me alegro en el alma. ¡Cuánto
has crecido!... ¿Con que eres
un señor capitán?

Sea en hora buena. — Rufina,
¿Y la muchacha?

D.^a RUFINA. (Arrimándose á los bastidores.)

Volando.

Ven, Paquita, á ver al tío.

D. BLAS. Hánme dicho que es un pasmo
de hermosura.

D.^a RUFINA. ¡Niña, pronto!

D. BLAS. Se estará emperejilando.

ESCENA XVIII

LOS MISMOS. D.^a PAQUITA, vestida sencillamente, y con un collar de perlas gordas

D.^a PAQUITA. Mamá...

D. BLAS. (Corriendo á abrazarla.)

¡Sobrina del alma!

Por cierto, no han ponderado.
Es muy linda, mucho, mucho.

¡Qué ojillos tan vivarachos!

D.^a RUFINA. Que sea buena es menester.

D. BLAS. Que es buena está publicando
su semblante. Eres muy mona.

D.^a PAQUITA. (Con mucha modestia.)

Gracias, tío.

D. BLAS. (Reparando en el collar.)

Con mi encargo
veo que cumpliste, hermosa:
dí, las perlas ¿te han gustado?

D.^a PAQUITA. Y yo doy á usted las gracias
por tan soberbio regalo.

D. ALBERTO. Es magnífico en verdad.

D.^a RUFINA. Es joya de soberano.

D. BLAS. Es tan sólo una friolera
que en tiempos afortunados
por ciertas cuentas y embrollos
vino á parar á mis manos.

D.^a RUFINA. Pero, Blas, con la alegría
de verte aquí no pensamos
en lo que importa. ¿Al momento
querrás comer?...

D. BLAS. He tomado

en la venta de Iritaña
unas chuletas y un trago,
y ahora ya gana no tengo,
mas necesito descanso.

D.^a RUFINA. Bien. Pues la cama está hecha.

D. BLAS. Vestido dormiré un rato.

D.^a RUFINA. Pero quítate las botas.

Ponte una bata. (A los lacayos.)

Muchachos,

traed la bata y las chinelas.

(Ana hace señas á Perico y á Facó, y se los lleva por la puerta del fondo.)

ESCENA XIX

LOS MISMOS, ménos ANA, PERICO Y FACO

D. ALBERTO. Dime, Blas, ¿por qué en el barco
de vapor no te has venido?

D. BLAS. De embarcacion estoy harto.

D. MIGUEL. Pues en posta...

D. BLAS. Más de prisa
por la marisma á caballo
pensé llegar.

D.^a RUFINA. Y tú, Alberto,

¿por qué no avisas volando
á la fonda?...

D. ALBERTO. Sí; ahora mismo

irá Pascual en dos saltos.

(Habla aparte con Pascual, y este sale con toda prisa por la puerta que da á la escalera.)

ESCENA XX

LOS MISMOS, *ménos PASCUAL, y sale ANA, y con ella PERICO trayendo una bata, y FACO unas chinelas*

- FACO. *(A don Blas.)*
Aquí tiene usía chinelas.
Las botas le iré quitando,
si usía permite.
- PERICO. Y la bata
tiene usía á su mandato.
Si quiere algo más usía...
- D. BLAS. *(Los mira atentamente, y dice á doña Rufina.)*
¿Quién son estos mamarrachos,
que parece me hacen burla?
- D.ª RUFINA. ¡Qué, Blas! ¡Si son mis lacayos!
- D. BLAS. *(Sentándose en una silla que le trae Ana.)*
Tus la... ¿Qué?
- D.ª RUFINA. Segun es uso
son de librea criados.
- D. BLAS. Ya.
- ANA. Si usía quiere lavarse,
todo está listo en su cuarto.
- D. BLAS. ¿Tú tambien eres lacaya?...
(Burlándose.)
- ANA. Yo soy la dama.
- D. BLAS. Ya caigo.
(Se deja don Blas con mucha calma quitar las botas y el vestido, y poner la bata y chinelas, y los lacayos, haciéndole una reverencia, se llevan la ropa que le han quitado, yéndose por la puerta del fondo.)

ESCENA XXI

LOS MISMOS, *ménos PERICO y FACO*

- D. BLAS. Dime, Rufina. ¿Y por qué
este par de mamarrachos,
que al verlos dirá cualquiera
que en el Carnaval estamos,
me dan tales señorías?...
- D.ª RUFINA. Lo exige así nuestro rango.
- D. BLAS. Será el tuyo; pero el mio...
¿O es que en esta tierra acaso
andan ya los tratamientos
como en la calle los cantos?
- D.ª RUFINA. ¡Qué gracia!
- D. ALBERTO. ¡Qué buen humor!
- D.ª RUFINA. Tiene mucho chiste. Hermano,
es el uso recibido.
Si tú...
- D. BLAS. No me da cuidado
aunque me den eminencia,

- D.ª RUFINA. como no me den de palos.
Mas lo que ahora yo deseo
es sólo dormir un rato.
- D.ª RUFINA. Sí, hijo mio, en el instante.
Tú eres el dueño, tú el amo,
tú eres el rey de esta casa.
Todos somos tus esclavos.
Dispon, manda, determina,
pide, ordena. Destinados
todos, todos á servirme
con mil amores estamos.
(Levantándole de la silla con mucho cuidado y cariño, y encaminándose con él del brazo á la puerta del fondo.)
Vente conmigo, Blasito;
ven, te llevaré á tu cuarto.
(A los que quedan en escena.)
Que nadie meta ruido;
que haya silencio, ¡cuidado!
miéntras que duerme el señor.
A tí, Alberto, te lo encargo.
(Desde la puerta.)
Paca, enciéndeme un cerillo,
que en casa hay mosquitos hartos,
y porque á Blas no incomoden
quiero yo misma matarlos.
Ana, ven para ayudarme
á echar las cortinas.
- ANA. Vamos.
(Vánse doña Rufina, don Blas y Ana por la puerta del fondo, y doña Paquita por la izquierda.)

ESCENA XXII

D. ALBERTO. D. MIGUEL

- D. ALBERTO. ¿Qué te ha parecido Blas?
- D. MIGUEL. Un solemne socarron.
- D. ALBERTO. Pues á mí un bobalicon.
- D. MIGUEL. Tú te desengañarás.
- D. ALBERTO. ¿Dudas de su buena fe
y de sus ofertas?
- D. MIGUEL. No,
no dudo; mas... ¿qué sé yo?
Encuentro en él no sé qué.
- D. ALBERTO. Encuentras cierta franqueza
que no se usa por acá;
un hombre, á quien se le da
poco del fausto y grandeza.
Siempre son así estos tales,
que á otros usos amoldados
y á la ganancia entregados,
olvidan nuestros modales.
Ven las cosas de otro modo,
juzgan que Lima es Sevilla
y que café y cochinilla

- y azúcar y añil es todo;
y con sus muchos dineros
lo entienden todo al revés,
y si hacen figura es
la de grandes majaderos.
(Sale doña Paquita por la izquierda con cerillo encendido, y entra por la puerta del fondo.)
- D. MIGUEL. Tal me pareció á mí Blas,
desde que supe que trata
de con vosotros su plata
repartir sin más ni más;
porque ó gran filosofía
ó grande necedad tiene,
quien con tal proyecto viene;
y mucho más en el día.
- D. ALBERTO. Filosofía en mi hermano
no encuentro ni necedad;
sí una extremada bondad
y un corazon puro y sano.
No tiene hijos ni mujer,
y puede que ningun vicio,
y no hace gran sacrificio
en esto que piensa hacer.
Ha ganado su tesoro
sin saber cómo ni cuándo,
y está el pobrete ignorando
lo mucho que vale el oro.
Tanta riqueza le aflige
por no saber disfrutarla,
y el repartirla y el darla
para desahogarse elige.

ESCENA XXIII

LOS MISMOS, D.ª PAQUITA, ANA, *por la puerta del fondo*

- D.ª RUFINA. ¡Que nadie chiste, cuidado!
Paca, vete al comedor
á preparar con primor
la mesa cual te he enseñado.
Ana, tú en cuanto el criado
traiga la comida, trata
de en las seis fuentes de plata
repartirla. La pondrás
junto al fuego, y cuidarás
no nos dé un chasco la gata.
(Vánse doña Paquita y Ana por la izquierda.)

ESCENA XXIV

D. ALBERTO. D. MIGUEL. D.ª RUFINA

- D.ª RUFINA. ¡Jesus!... ¡Jesus!... ¡Nuestro Blas
qué hombre tan extraordinario!...
¿Que era tan estrafalario
imaginarais jamás?

TOMO II

- ¡Qué necio!... ¡qué impertinente,
qué grosero y descortés!
En verdad vergüenza es
llamarle nuestro pariente.
- D. ALBERTO. Es un hombre natural
que en pelillos no repara.
- D. MIGUEL. Es una cosa muy rara;
es un solemne animal.
- D.ª RUFINA. En tanto que se durmió
¡qué preguntas que me ha hecho!
¿Por personas de provecho,
sin duda, te preguntó?
- D.ª RUFINA. Por lo peor de Triana:
por un lisiado barquero,
por un cierto tabernero,
por una vieja gitana...
¿Quién sabe?... Pero yo, Alberto,
le he dicho, por evitar
que los quiera visitar,
que todos ellos han muerto.
- D. MIGUEL. Blas es raro personaje.
Ninguna vergüenza tiene.
Repara cómo se viene.
- D.ª RUFINA. ¡Y con qué pobre pelaje!
- D. MIGUEL. ¡Por la marisma á galope
en un caballo alquilado!
- D.ª RUFINA. Solito sin un criado
como un miserable dropel!
- D. ALBERTO. Rufina, tanto mejor.
Miéntras ménos gaste Blas,
á entrambos nos toca más,
con que aplaudamos su humor.
- D.ª RUFINA. *(Con gran desprecio.)*
Aplaudámosle por cierto,
si por su vergüenza poca
mayor cantidad nos toca.
- D. MIGUEL. Soy de tu opinion, Alberto.
- D.ª RUFINA. Es preciso en despertando
de sus proyectos hablarle
y los tesoros pillarle,
que se va el tiempo pasando.
- D. MIGUEL. Y bueno será, pues que
en su carta nos decia
que el testamento traia,
sacárselo.
- D. ALBERTO. Ya se ve.
Eso es muy preciso.
- D.ª RUFINA. Es llano.
- D. MIGUEL. Y que haga la donacion,
con la justa precaucion
de que sea ante escribano.
- D.ª RUFINA. Y al punto le buscaremos
una casa en una aldea
donde, sea como sea,
léjos de aquí lo tendremos.
(Se oye ruido.)